



www.loqueleo.santillana.com

© 2017, RICARDO MARIÑO
© De esta edición:
2017, EDICIONES SANTILLANA S. A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5384-4
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: LUCÍA AGUIRRE
Ilustración de cubierta: MARCOS SCIANNAMEA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo

Banderas negras sobre cielo azul / Ricardo Mariño. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.

144 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5384-4

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2017 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Banderas negras sobre cielo azul

Ricardo Mariño

Ilustración de cubierta de Marcos Sciannamea

loqueleg

Para Julia Magistratti y Andrés Mariño

Enemigos

La rivalidad entre los dos jóvenes empezó durante la primera estadía de Emeka en Isla del Monje. Toda la tripulación del *Angelita* fue a almorzar a El Más Mellizo y después de la comida el joven mulato practicó en el patio de la taberna una extraña forma de lucha aprendida en la plantación de cacao donde había pasado sus primeros años de esclavitud. Sostenido sobre un solo pie, permanecía un largo segundo inmóvil en una extraña posición y de pronto saltaba a la velocidad del rayo, lanzando latigazos con las piernas y golpes con codos y puños. Los brazos casi no se veían en su vuelo, pero de pronto se detenían en el punto en que parecían haberle asestado un golpe terrible a un enemigo imaginario. Nadie en la isla había visto jamás nada parecido.

Los parroquianos se maravillaron por esos saltos y movimientos y de inmediato quisieron organizar una pelea para verlo en acción contra otro luchador. No había ninguno que más o menos coincidiera en edad y tamaño que supiera pelear, pero alguien se acordó del Mudito. Hubo dudas. ¿El Mudito? Nadie lo imaginaba

enfrentando a alguien así, pero al menos tenía edad y altura parecidas.

—El Mudito está dibujando un santo en la iglesia. San Nosé... un encargo del cura —apuntó alguien.

—¡Tráiganlo! Que deje para después el San Nosequé —gritó un viejo agitando el palo que usaba como bastón.

10 —Si es que le siguen sirviendo las manos —dijo otro, riendo, aunque de inmediato se puso serio y gritó—: ¡Dos reales a que antes de un minuto el Mudito cae y no se levanta más!

Salieron tres voluntarios en busca del chico y poco después regresaron trayéndolo casi a empujones. Estaba claro que el muchacho no quería pelear, pero la gente ya había hecho apuestas y todos se preparaban para una gran diversión.

Alrededor de Emeka, que seguía practicando sus increíbles saltos y sus movimientos velocísimos, se había formado una ronda. Al interior de ese círculo empujaron al Mudito, que no entendía bien qué se proponía esa gente.

El Mudito

Solo el viejo Basilio sabía, o al menos sospechaba, cómo ese chico delgadísimo y rubio había llegado a la isla y de quién podía ser hijo, pero guardaba el secreto. En la taberna se decía que el pelo plateado y los ojos negros del Mudito tenían que responder a una cruz a rara entre un inglés y una india, o entre un vikingo y una india. En verdad, podía ser con cualquier europeo rubio, pero seguro con una india.

La historia no llamaba demasiado la atención en aquel caserío, que tenía el privilegio de ser un puerto natural que cada tantos años cambiaba de nombre, según lo ocuparan españoles, holandeses, ingleses o franceses. Sus rudos habitantes, en su mayoría pescadores, bucaneros, empleados castigados por la Capitanía, naufragos, prófugos o lo que fueran, solían recalar allí poco tiempo, a lo sumo cuatro o cinco años, para marcharse al fin sin muestras de aflicción por tener que dejar casa, mascotas, hijos o recuerdos.

Como los perros callejeros, el chico cargaba con distintos apodos, aunque los más usados eran “Mudito” y

“Rubio”. Su apariencia frágil y su mirada huidiza hacían pensar en un cachorro necesitado de protección y, si gozaba de algún respeto, era por su notable habilidad para el dibujo, un don adquirido junto a un pintor holandés que se ganaba la vida haciendo mapas y retratos.

El peor día del Mudio fue aquel en el que los piratas mataron al holandés.

El holandés

Había nacido en una aldea próxima al castillo de Muiderslot, no lejos de Ámsterdam. Era capaz de dibujar el castillo hasta en sus mínimos detalles porque de niño había acompañado a su padre, que era retratista de los señores. De grande, había servido en la Armada Real de los Países Bajos como espía: debía merodear puertos de Europa con la misión de copiar detalles de barcos enemigos y armamento. Descubierta por los españoles y abandonado por sus jefes, debió arreglárselas para escapar y para lograrlo se sumó a un grupo de piratas. Desertó un año más tarde y finalmente encontró refugio en Isla del Monje, donde construyó su “atalaya”. Así llamaba a la cueva donde pasó a vivir, abierta entre antiguas ruinas en lo más alto de un acantilado.

El Mudito se había apegado a él desde una tarde en que lo vio dibujar en la arena de la playa. El holandés lo tomó como alumno y protegido, y con el tiempo le permitió compartir su cueva, donde tenía, además de vista al mar, un mundo de pinceles, carbonillas, telas,

mapas, un catalejo, un papagayo, algunas gallinas, y más que nada desorden y suciedad.

14 Rápidamente el chico aprendió el oficio y pasaba horas haciendo trazos sobre cualquier superficie, postergando continuamente los pedidos de su patrón, que en medio de interminables siestas en la hamaca se despertaba un segundo para pedir a gritos algún alimento, papeles o ron que había que ir a buscar a la taberna El Más Mellizo.

Cuando estaba sobrio, el holandés era alegre y le gustaba contarle al chico cuanto sabía: las islas de arena blanca, las de tortugas gigantes, las costas que destrozaban embarcaciones, la habilidad de los indios misquitos con las flechas, los pájaros que hablaban, los maremotos, las grandes ciudades de Europa y tantas cosas más.

Los dibujos del castillo de Muiderslot hechos por el Mudito llegaron a ser tan precisos como los de su maestro, pero con mayor gracia en sus trazos. El tema que más lo atraía sin duda era el mar y todo lo que podía ser visto o imaginado sobre el agua. Era buen observador y podía interpretar con justeza de qué tipo de embarcación se trataba apenas la silueta de las velas comenzaba a asomar en la línea del horizonte.

En los sucesos que siguieron a aquella tórrida tarde de agosto él y el holandés fueron los primeros en advertir que el barco que se acercaba a la isla era pirata.

Emeka

Era negro como el carbón, tenía un cuerpo elástico y vigoroso y un andar que sugería cierta seguridad felina. En su continuo hablar se mezclaban mal y alegremente palabras de varios idiomas, y su expresión más común era la de una sonrisa burlona. Había nacido en un poblado de Guinea y el peor día de su vida tuvo que ser aquel en que guerreros de otra tribu llegaron a su aldea y tomaron prisioneros a todos los habitantes.

Los atacantes mataron a los que se resistieron, abandonaron a los que no servían para ser vendidos como esclavos y a los demás los hicieron caminar atravesando selvas y ríos. Emeka, apenas un niño, caminó cinco jornadas junto al resto de los prisioneros, aferrado a la mano de su madre, hasta llegar a la costa de Guinea. Allí fueron vendidos a los portugueses, que los despacharon en tres barcos, separándolos por edad. A él le tocó viajar con niños y jóvenes, y así quedó separado para siempre de su familia.

De su vida en la aldea africana y del viaje hasta el Caribe en el barco negrero, en el que la mitad de los

prisioneros murió por hambre, Emeka no guardaba más que vagas imágenes. De todo eso, y del que tuvo que ser el peor día de su vida, supo por un viejo esclavo de su pueblo con el que se reencontró cinco o seis años más tarde en Jamaica. Él ya era un joven fuerte y espigado al que el viejo reconoció por una particularidad: el fino mechón de pelo más duro que el resto, como una cresta a lo largo de su cabeza. Hasta entonces los nombres que había recibido eran apodos en distintos idiomas que se burlaban de ese rasgo, pero el viejo le dijo que su nombre verdadero era Emeka. Y agregó algo que fortaleció al muchacho:

—En el idioma del pueblo igbo, Emeka, tu nombre, quiere decir “el que hace grandes hazañas”.

Basilio

Llegado al Caribe, Emeka fue esclavo en una plantación de cacao. De allí se escapó y terminó trabajando para Basilio, un próspero navegante dueño del *Angelita*. Con ese antiguo galeón Basilio recorría el golfo de México hasta Campeche cargado de azúcar, cacao, tabaco, cerdos, gallinas, frutas, esclavos y eventualmente pasajeros. En los viajes de regreso traía herramientas, medicinas, chucheries, telas y otros artículos de contrabando de procedencia inglesa, que vendía en la ruta que a veces prolongaba hasta Cartagena de Indias. Lo respetaban en todos los puertos: las autoridades inglesas de Jamaica, las francesas de Puerto Príncipe, las españolas de Cuba, las portuguesas del Brasil, las holandesas de Curazao y aun los piratas de Isla Tortuga.

A Emeka, Basilio lo había encontrado en la bodega del galeón después de una parada en Kingston y cuando ya estaba mar adentro. La tripulación del *Angelita* intentó interrogar al polizón, pero, lejos de dar explicaciones, el chico se mostró belicoso y hasta golpeó al contraamaestre con una madera.

Lo que siguió fue una interminable persecución por cada rincón del barco, pero Emeka parecía un mono que cuando lo estaban por atrapar se las arreglaba para trepar con increíble destreza por el palo mayor. Escurriéndose por un ojo de buey, saltando sobre barriles, descolgándose de las amarras, eludió todos los intentos de cazarlo. Hasta que en cierto momento, cuando se encontraba colgado entre el trinquete y el palo de proa, uno de los hombres le apuntó con su mosquete, pero entonces Basilio detuvo la cacería. Dijo que al día siguiente lo arrojarían al agua cerca de alguna isla y eso calmó los ánimos.

Esa misma noche hubo un tornado en las cercanías de Guadalupe que casi hace naufragar al *Angelita*. Basilio consiguió alejar el barco de las peligrosas rocas de la costa, pero el viento lo sacudía tanto que parecía a punto de tumbarlo. En medio de la lucha contra las ráfagas huracanadas, con las velas arriadas y habiendo arrojado al agua lo más pesado del cargamento, el contra maestre cayó al mar y se lo dio por muerto. Cuando el hombre ya se resignaba a morir ahogado, una cuerda le golpeó la cabeza. Se aferró y comenzó a ser izado mientras el barco se sacudía. Medio muerto por los golpes contra el costado del barco, al fin llegó a cubierta y fue entonces cuando vio que quien lo había salvado era el joven polizón negro.

Así, Emeka se ganó un lugar en la tripulación y con el tiempo tuvo el privilegio de convertirse en el protegido de Basilio, que lo trataba como a un hijo.